



Un maldito milagro tras otro

Robert Shearman

Homo homini lupus: cuentos oscuros de lo humano

Mi hija Laura está embarazada. Me daría igual, pero es que solo tiene dos años. Su tripita de niña está dilatada por la carga del bebé que lleva dentro. Solo hace nueve meses que empezó a caminar y ahora tiene que hacerlo apoyándose en las paredes porque si no el enorme bulto de la barriga la tiraría al suelo. Mi mujer está tan contenta. Encantada de la vida. Siempre había querido un hijo, eso me lo dijo en nuestra primera cita; le había preguntado que qué le gustaba, esperando que me dijera una afición o su programa de televisión favorito, y ella solo

dijo una cosa: «La reproducción». Y ahora también va a tener un nieto y ya le está tejiendo calcetines y botitas. «Voy a ser abuela —dice—, seré la mejor abuela del mundo. Es una bendición». Yo no lo tengo claro. Me pregunto si una familia no puede estar bendecida de más.

A mi mujer le encantó estar embarazada. Presumía de ello con todos sus amigos y vestía ropa que realzase su abultada protuberancia. Y le fascinaba la forma en la que su cuerpo cambiaba día a día; cuando llegaba a casa del trabajo, ella me estaba esperando, en medio del pasillo, desnuda, para que se notaran mejor los últimos indicios de su metamorfosis, y señalaba el oscurecimiento de las aureolas alrededor de los pezones, o cómo se le había salido el ombligo. Y resplandecía de gozo: «Mira, cariño —decía—, brillo, ¿ves cómo brillo?». Aunque Laura aún no ha adquirido el vocabulario para expresarse correctamente, está claro que no está disfrutando tanto de su embarazo. Suspira mientras arrastra su bulto por el cuartito de juegos, a veces llora. Mi esposa intenta ser de ayuda, y no tiene más que buenos consejos sobre lo que puede pasar en el tercer trimestre, y los mejores métodos para que Laura alimente al feto, pero a pesar de todas sus buenas intenciones, a veces se impacienta con ella: «¡No sabes lo afortunada que eres! —le espeta—. Pues anda que no hay mujeres en el mundo suplicando quedarse embarazadas, probando todo tipo de medios antinaturales a base de esperma congelado y coladores. Y tú aquí, que te ha caído en el regazo. ¡Y mira cómo brillas!». A veces mi mujer se enfada tanto con Laura que no le habla durante días. Una vez incluso le vi darle una bofetada. No una muy fuerte, es verdad, y solo en la cara: no haría nada que dañara al bebé que lleva dentro.

Tardamos un poco en darnos cuenta de que Laura estaba embarazada. Por más que nos esforcemos, no somos padres expertos, y cuando al principio nuestra niña subió de peso simplemente pensamos que le estábamos dando demasiada comida. Solo cuando las náuseas matutinas se apoderaron de ella, mi mujer reconoció los síntomas. Ella tuvo exactamente los mismos, vomitaba a diario, sonora y copiosamente, y cómo se había regodeado en aquello, levantando el rostro del retrete y

mirándome, todo sonrisas: «¡Cariño, vas a ser papá!». Laura se levantaba cada mañana y tenía que trastabillar hasta el baño para vomitar, y su madre estaba allí, apartándole el pelo de la cara para que no se le quedase enredado en la efusión, acariciándoselo, diciéndole que iba a estar bien, diciéndole lo afortunada que era. Yo había sugerido que llevásemos a Laura a un médico, pero mi mujer se opuso con firmeza: aquello era algo insólito, los dos lo sabíamos, y todos iban a querer hacerle un montón de pruebas a Laura, como a un ratón de laboratorio, iban a apartarla de nuestro lado. «Y este es nuestro milagro —dijo mi mujer—, es todo nuestro». Escondimos a Laura. No es que fuera muy difícil. Laura iba a un grupo de juego los jueves por la mañana, así que solo tuvimos que cancelar eso, mi mujer pensó que el resto de niñas se pondrían celosas. Y tampoco es que recibiéramos visitas, no es que nos quedasen muchos amigos, la mayoría se habían aburrido de nosotros cuando mi mujer se quedó embarazada.

Supongo que una de las primeras cosas que me pregunté es quién podía ser el padre. Después de todo, no es que Laura tuviera mucha vida social, no veía que pudiese haber muchos aspirantes. Y me sometí a varias preguntas escrutadoras, pero estaba bastante seguro de no haber sido yo; fui capaz de tranquilizar a mi esposa a ese respecto. Quería a Laura, por supuesto que sí; no me había involucrado tanto como mi esposa en todo eso del embarazo, todo hay que decirlo, me había mostrado un tanto ambivalente. Pero cuando vi a mi hija por primera vez, en aquella cama de hospital, calva y berreante, ay, entonces sentí un súbito arrebato de amor por ella, lo único que quería era tenerla en mis brazos, y la enfermera me la dio para que la sostuviera y yo estaba aterrado por si la rompía, una cosita tan frágil como aquella, pero la enfermera se rio y dijo que era más fuerte de lo que parecía. Y en ese momento la abracé bien fuerte y la he abrazado bien fuerte desde entonces, cada vez que ese arranque de amor me sorprendía, la levantaba de la cuna y le daba el más fuerte de los achuchones; ¿la había dejado embarazada haciendo eso? ¿Había sido un amor excesivo? Mi esposa pensaba que eso no era probable, pero no podía evitar preocuparme. Como alternativa solo contemplaba que pudiese haber

ocurrido en el grupo de juego. Lo llevaba una mujer y todos los asistentes eran también mujeres, y solo las madres iban a recoger a los niños, los padres estaban muy ocupados; de verdad, en la guardería Shillingthorpe eran mujeres de arriba abajo, os lo aseguro. Pero alguno de los pequeños que iban allí eran niños, y yo una vez fui niño, me conozco los trucos a los que pueden recurrir. Así que fui a la guardería una mañana. Me quedé fuera y los observé en secreto por la ventana. Ninguno de los niños parecía sexualmente desbocado, pero supongo que nunca se sabe. Me pregunté si Laura les había dado un poco de pie, si se había puesto coqueta, ¿había estado exhibiéndose, había sido un poco golfa?

La historia sigue en *Homo homini lupus: cuentos oscuros de lo humano*

A la venta en fatalibelli.com